

Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y el Romancero

Se lamentaba Juan Ramón Jiménez, ya al final de su vida, de que los poetas del siglo XVI hubieran abandonado el verso del romance («río de la lengua española») por el endecasílabo italiano, en todo lo que tocaba a la *alta poesía*. ¿A qué cimas podría haber llegado el romance si aquellos altos poetas lo hubiesen convertido en instrumento expresivo mayor de la lírica española?

Juan Ramón pensaba en el hondo misterio y en la gracia espiritual del romancero de San Juan a lo divino («En el principio moraba / el Verbo, y en Dios vivía, / en quien su felicidad / infinita poseía...»). Recordaba también el acierto expresivo de algunos romances del siglo XIX: de Espronceda («Está la noche serena / de luceros coronada...»); Zorrilla («Como una ciudad de grana / coronada de cristales...»); de los poetas «dialectales»: Rosalía, Verdaguer, Maragall...; de Augusto Ferrán, y, en fin, de Gustavo Adolfo Bécquer, padre, o abuelo, de toda la lírica hispánica de este siglo: «Sobre el corazón, la mano / me he puesto, porque no suene / su latido, y de la noche / turbe el silencio solemne...»; «Dos rojas lenguas de fuego / que a un mismo tronco enlazadas / se aproximan, y al besarse / forman una sola llama...» «Si hubiera escrito en romance sus rimas, todas sus rimas —pensaba Juan Ramón—, este breve libro podría haber sido una sucesión natural del mejor *Romancero*, el afectivo»¹.

Pensaba, en fin, en el romance de Antonio Machado (el «fatal») y, también, en su propio ejemplo, cuando «con el romance del Romancero... en mi tesoro, vino la riada que habría de inundar tres años míos (Madrid, 1901, 1902, 1903)»², con un acierto en la elección del verso que destacaría Rafael Alberti muchos años después: «Tu verso mágico, tu enorme acier-

¹ «El romance, río de la lengua española», *La Torre*, 20 (abril-junio 1959), 41.

² «Mis primeros romances», *Por el cristal amarillo*, ed. Francisco Garfías (Madrid, Aguilar, 1961), p. 274.

to en la elección, fue el octosílabo, el verso asonantado... de nuestro tradicional romancero épico-lírico»³.

Pero no va a ser éste un estudio del romancero de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, sino más bien de sus ideas y reflexiones en torno al Romancero. A esos dos romanceros particulares, a pesar de su importancia en la historia de la lírica española de nuestro siglo, «maravilloso siglo romanesco —decía Pedro Salinas— que completa y perfecciona el destino de esa forma poética», sólo podré referirme brevemente, y como de pasada⁴.

1. ANTONIO MACHADO Y EL ROMANCERO

A Antonio Machado, hijo de nuestro primer folclorista, Antonio Machado y Álvarez («Demófilo»), y sobrino-bisnieto, recordémoslo, de Agustín Durán («... yo aprendí a leer en el Romancero general que compiló mi buen tío don Agustín Durán»), el interés le venía de familia; un interés, sin duda, afianzado durante sus años de colegio en la Institución Libre de Enseñanza, con don Francisco Giner, don Bartolomé Cossío y otros maestros.

La obra de Antonio Machado —o una gran parte de ella— no puede entenderse sin tener en cuenta el fuerte sustrato popular, sobre todo andaluz, que le sirve de base, tanto en las formas (romances, coplas, seguidillas, soleares, solearías...), como en el espíritu; igual en el decir lírico que en el narrativo o en el sentencioso y proverbial.

No escribió muchos romances; no tantos, desde luego, como Juan Ramón, pero los pocos que escribió son de una belleza ejemplar⁵. Se propuso además una como continuación del romancero tradicional, en el que veía «la suprema expresión de la poesía», según el prologuillo a «Campos de Castilla» en las *Páginas escogidas* de 1917⁶. A ese intento responde *La tierra de Alvargonzález*: «Muy lejos estaba yo —decía el poeta en 1917, en ese prólogo— de pretender resucitar el género en su sentido tradicional. La confección de nuevos romances viejos —caballerescos o moris-

³ Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, *Antología poética*, selección de Aitana y Rafael Alberti (Madrid, Nauta, 1970), p. 185.

⁴ «El romancismo y el siglo XX», *Estudios hispánicos. Homenaje a Archer M. Huntington* (México, D. F., Imprenta Nuevo Mundo, 1952), pp. 449-500.

⁵ Me refiero a octosílabos asonantados; el número es mayor si se incluyen los romancillos en verso de seis y siete sílabas, y, por supuesto, los romances en versos alejandrinos, en versos aconsonantados, y otras formas cercanas al romance.

⁶ Madrid, Calleja, 1917, pp. 149-151.

cos— no fue nunca de mi agrado, y toda simulación de aracaísmo me parece ridícula...; mis romances no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron; mis romances miran a lo elemental humano, al campo de Castilla y al Libro Primero de Moisés, llamado Génesis»⁷. Si el propósito era escribir todo un romancero a la manera de *La tierra de Alvargonzález*, y este propósito parece que existió, el poeta debió de cambiar de parecer porque no volvió a escribir otro romance como *Alvargonzález*. Es sabido que Juan Ramón Jiménez, a quien el poema iba dedicado, no gustó de él, por estimar que seguía un camino equivocado (como, en general, aquella parte de *Campos de Castilla* que, según el mogueño, rendía culto al noventaiochismo y al «tópico retórico castellanista»⁸). El romance que continuase el Romancero, insistía Juan Ramón todavía en 1954 —en la que fue su última conferencia— «debe ser absolutamente de hoy, en todo, como el Romancero fue del hoy de su ayer; pues, porque lo fue, sigue siendo actual, y clásico»⁹. Pero, en esa misma conferencia, Juan Ramón hacía uno de los juicios más hondos e inteligentes sobre la palabra poética del mejor último Machado: «En sus poemas de Abel Martín —decía—, Antonio Machado llegó a una conclusión y a una precisión fatales, como de destino, en la que cada palabra caía en el lugar exacto que le esperaba desde la eternidad y para la eternidad, desde el principio de la palabra, y de la palabra española, luego con los siglos de los siglos. Antonio Machado —seguía diciendo Juan Ramón— no escribió muchos romances, entre sus tampoco muchos versos, pero entre los que escribió, algunos... no se olvidarán nunca; como éste...» Y en su conferencia, Juan Ramón había leído entero el romance «Iris de la noche, de un viaje»: «Hacia Madrid, una noche, / va el tren por el Guadarrama...». Con este romance, y con otros como éste —pensaba Juan Ramón— Antonio Machado continuaba mejor —mejor que con *La tierra de Alvargonzález*— «el gran río español del Romancero, como tradición del río vivo, y sin ninguna idea de continuar nada, sino de expresar cantando su propia actualidad y su propia sucesión épica» (ibid).

Sabemos que *La tierra de Alvargonzález* y otros poemas de *Campos de Castilla* (muchos de los que disgustaban a Juan Ramón Jiménez) respondían a un esfuerzo consciente por salir del subjetivismo de la poesía de principios de siglo, en quien Machado veía un peligro y una limita-

⁷ Años después, Juan de Mairena pondrá a sus alumnos en guardia contra la «barbarie casticista» (*Obras*, p. 417); ver la n. 13.

⁸ Véase, por ejemplo, JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, «Crisis del espíritu en la poesía española contemporánea (1899-1936)», *Nosotros*, 48-49 (marzo-abril 1940), p. 168.

⁹ «El romance, río de la lengua española», p. 19; ver la nota 1.

ción. El primer testimonio de esa insatisfacción se encuentra, precisamente, en un comentario de Machado (publicado en *El País*, en 1904) al libro *Arias tristes*, de Juan Ramón Jiménez. «Porque yo no puedo aceptar —dice allí— que el poeta sea un hombre estéril que huya de la vida para forjarse quiméricamente una vida mejor en que gozar de la contemplación de sí mismo...: ¿No seríamos capaces —concluye— de soñar con los ojos abiertos en la vida activa, en la vida militante?»¹⁰.

Tratando de huir de la asfixia del yo, escribió Machado *Campos de Castilla*, proyectando esa continuación del Romancero, y acerca su poesía cada vez más al latido del corazón popular. «Deseoso de escribir para el pueblo —dirá muchos años después— aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe»¹¹.

Al contestar a una encuesta de Rivas-Cherif en el semanario *La Internacional* (1920) sobre la gran interrogante tolstoiana («¿qué es el arte») «¿qué debemos escribir?», Machado se niega a separar la actividad literaria de todas las otras actividades humanas («para entregarse, en este campo sagrado... al *sport*, al juego libre»). «Yo, por ahora —dice, refiriéndose a la poesía de *Nuevas canciones* que entonces estaba escribiendo; el volumen aparecerá en 1924— no hago más que folk-lore, *autofolklore* o *folklore de mí mismo*. Mi próximo libro será, en gran parte, de coplas que no pretenden imitar la manera popular —inimitable o insuperable, aunque otra cosa piensen los maestros de retórica— sino coplas donde se contiene cuanto hay en mí de común con el alma que canta y piensa en el pueblo. Así creo yo continuar mi camino, sin cambiar de rumbo»¹².

En cuanto al romance, Machado aconseja —en esas *Nuevas canciones*— huir del peligro del «casticismo» y prestar oído a los romances aún vivos en los juegos de las niñas. Y, de paso, alude a lo que para él constituye la esencia del romance: cantar, contar, temporalidad: «Del romance castellano / no busques la sal castiza; / mejor que romance viejo, / poeta, cantar de niñas»; «Déjale lo que no puedes / quitarle: su melodía / de cantar que canta y cuenta / un ayer que es todavía»¹³.

¹⁰ ANTONIO MACHADO, *Obras. Poesía y prosa*, ed. Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre, 2.ª ed. (Buenos Aires, Losada, 1973), p. 839.

¹¹ «Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín», *Hora de España* (Valencia), 1 (enero 1937), 7-12; *Obras*, p. 580.

¹² Texto publicado por MANUEL TUNÓN DE LARA, «Un texto de don Antonio Machado», *Bulletin Hispanique*, 71 (1969), 312-317.

¹³ *Poesías completas*, 4.ª ed. (Madrid, Espasa-Calpe, 1936), CLXI, LXXIX, p. 296. Más tarde, en Juan de Mairena, Antonio Machado seguirá mostrando su desconfianza frente al casticismo falso («la barbarie casticista, que pretende hacer algo por la mera renuncia a la cultura universal»), al mismo tiempo que insiste en el valor sustantivo y germinal de lo verdadero popular: «Huid del preciosismo literario, que es el mayor enemigo de la originalidad. Pensad que escribís en una lengua

En otras «nuevas canciones» extenderá esos caracteres esenciales a toda la poesía. El Romancero es, ya vemos, el ejemplo. Una *soleá* afirma que: «Canto y cuento es la poesía. / Se canta una viva historia, / contando su melodía»¹⁴. Porque, para Machado, *contar* puede ser «contar la pura emoción, borrando la totalidad de la historia humana», como él recordaba haber hecho en «Los cantos de los niños», poema de 1898, publicado en *Solitudes* (1904): «En los labios niños, / las canciones llevan / confusa la historia / y clara la pena...»¹⁵. Pero sin que el poeta deba ir más allá, suprimiendo lo emocional, humano, temporal, de la poesía, para convertir a ésta en un juego arbitrario de conceptos (no de intuiciones) y de imágenes puras, fuera del tiempo¹⁶.

Reaccionando frente a esa poesía, que era la que, en su opinión, estaban haciendo los poetas jóvenes, Machado insiste en que hay que poner la lírica dentro del tiempo. Ahí estaba el ejemplo del Romancero, con su característica preferencia por las formas verbales del tiempo durativo del imperfecto («Del pretérito imperfecto / brotó el romance en Castilla»¹⁷), y con sus rimas pobres, asonantadas, verbales frecuentemente, de fuerte sentido temporal («Prefiere la rima pobre, / la asonancia indefinida...»; «La rima verbal y pobre, / y temporal es la rica. / El adjetivo y el nombre / remansos del agua limpia, / son accidentes del verbo / en la pragmática lírica, / del Hoy que será Mañana, / del Ayer que es Todavía»¹⁸). El Romancero se convierte, así, en ejemplo de buen quehacer poético, lección también para tiempos modernos. En 1936, Juan de Mairena aconsejará a los jóvenes: «Si vais para poetas, cuidado vuestro folclore. Porque la verdadera poesía la hace el pueblo»¹⁹. «Yo no he pasado de folclorista —aclaraba— aprendiz, a mi modo, de saber popular»²⁰.

2. JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y EL ROMANCERO

El romancero de Juan Ramón Jiménez fluye como un río, que no deja de manar y correr, pero que es más caudaloso al comienzo y al final de

madura, repleta de *folklore*, de saber popular, y que ése fue el barro santo de donde sacó Cervantes la creación literaria más original de todos los tiempos.» (En «Juan de Mairena», XI [*Diario de Madrid*, 20 enero 1935], *Obras. Poesía y prosa*, p. 417).

¹⁴ *Poesías completas* («De mi cartera»), p. 325.

¹⁵ *Poesías completas*, VIII, pp. 19-20.

¹⁶ Dice esto Machado en un escrito fechado en 1914, publicado en *Obras. Poesía y prosa*, p. 786.

¹⁷ *Obras. Poesía y prosa*, pp. 786-787.

¹⁸ *Poesías completas*, «De mi cartera», pp. 326. Fechado esto en 1924.

¹⁹ *El Sol* (Madrid), 24 de mayo 1936; *Obras. Poesía y prosa*, p. 571.

²⁰ *Obras. Poesía y prosa*, p. 580.

su largo curso. En la creación del romance lírico, el «gran héroe» —dirá Pedro Salinas— es Juan Ramón Jiménez²¹. «Tú, Juan Ramón —escribirá Alberti en 1969, desde Roma—, vas a crear en esos primeros libros tuyos el romance puramente lírico, inasible, musical, inefable, En él vas a ensñar tus paisajes campesinos y marineros, tus iniciales amores, la flauta del pastor, tus cielos y jardines lejanos, velado todo en esa honda tristeza andaluza, que Rubén señalara al elogiar en *Arias tristes* la forma de expresión inconfundible, tu acento tan personal ya desde entonces»²².

Recordando sus lecturas infantiles y adolescentes, Juan Ramón recordará siempre la influencia del Romancero en su poesía. «De los españoles antiguos, lo que más leía era el Romancero, que encontré en la biblioteca de mi casa, en diversas ediciones»²³. Cuando escribe sus notas para la Antología de Gerardo Diego de 1932, descubre seis momentos en su poesía, el primero, caracterizado por la «influencia de la mejor poesía 'eterna' española, predominando el Romancero, Góngora y Bécquer...»²⁴.

En conferencias y artículos escritos desde el destierro, ya al final de su vida, la admiración y el interés del poeta por el Romancero quedarán expuestos repetidas veces.

En 1937, desterrado y en Cuba, llega a La Habana Menéndez Pidal a dar unas conferencias. Juan Ramón apostilla una de ellas con una «Nota», publicada en *Revista Cubana*. A lo largo de la literatura española, ve Juan Ramón dos líneas constantes: una, popular, colectiva, impulsiva; otra, minoritaria, individualista, estática. No le parece que la primera (por ser más realista, tosca, reacia, «varonil») deba ser tenida por más nacional, y que la otra, por ser más universal, resulte menos nacional. Pregunta: «La gran poesía ¿no es, no será siempre la que funde lo popular con lo 'aristocrático' en una suma de naturaleza y conciencia? ¿No estará siempre dominada por el espíritu?» Y concluye: «Sea como sea, la mejor poesía contemporánea española viene intentado, más conscientemente que nunca, aunque con diverso éxito, unir lo popular y lo 'aristocrático' (*unión que ya fue conseguida en el mejor Romancero*, en Jorge Manrique, en San Juan de la Cruz, en Gil Vicente, en Bécquer²⁵), no en una clase media lírica, sino en una sobreclase única, final, permanente, de fresco espíritu natural por popular, supremo por idealista... (¡Y ojalá, como en la poesía —ter-

²¹ «El romancismo y el siglo XX», p. 510.

²² RAFAEL ALBERTI, *Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca. Antología poética*, p. 185.

²³ *El modernismo*, p. 55.

²⁴ *Poesía española (1915-1931)* (Madrid, Signo, 1932). Sabido es que los poemas de J. R. J., retirados por su autor, no aparecen en la edición de 1934.

²⁵ Subravado mío.

minaba diciendo el poeta— pudiera conseguirse esta fusión en la vida, querido don Ramón!))»

Entre los últimos ensayos de Juan Ramón Jiménez, hay dos especialmente importantes para el Romancero: «Poesía cerrada y poesía abierta», publicado en 1953²⁶, y «El romance, río de la lengua española», leído en el Paraninfo de la Universidad de Puerto Rico el 23 de abril de 1954, aniversario de la muerte de Cervantes²⁷. En «Poesía cerrada y poesía abierta» repite Juan Ramón ideas contenidas en la «Nota» de 1937 en *Revista Cubana*. Hay dos corrientes permanentes en la poesía española «que empiezan y siguen paralelas... como las aguas de dos ríos caudales». «Por la corriente abierta navegan, entre otros poetas, Jorge Manrique, los Anónimos de nuestro primer Romancero²⁸, Gil Vicente, mucho más español en escritura que portugués; Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Lope de Vega, con su parte más popular, y quien a veces se pasa de corriente a corriente para no ser menos Fénix; Espronceda, con su romance incomparable 'Está la noche serena, de luceros coronada'; Bécquer, que es casi un poeta dialectal de acento y otro de cante hondo; los dialectales completos del litoral, Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Mosén Jacinto Verdaguer, Vicente Medina en su 'Cansera'; Unamuno, con su parte más fluida y menos ripiosa; una mitad de Antonio Machado...». Por el río cerrado, según Juan Ramón, navegan: Santillana, Boscán, Garcilaso (salvo en los sonetos que se van por la otra corriente), la poesía cancioneril, mucho de Fray Luis, Góngora (el maduro y el viejo), Herrera, Quevedo, Calderón, Gracián, los neoclásicos mejores, los «académicos» del XIX, como Quintana, el duque de Rivas...

La poesía de los cerrados puede corresponder a los conceptos «realista, sensitivo, humanista, barroco, grecolatino»; la de los abiertos a los conceptos «mágico, misterioso, medievalista, idealista, goticoriental, intenso». (El simbolismo fue en gran parte poesía abierta; el parnasianismo, casi siempre poesía cerrada.) La línea de la poesía abierta es «la más nacional y universal»; la de la cerrada, «la más internacional y extrañera». Boscán y Garcilaso —dice Juan Ramón— fueron «los forjadores de la llave de plata, y es claro que dijeron e hicieron decir muchas cosas bellas.» Pero, «¡Cómo me hubiera gustado hoy, pecador de mí, italianista y francesista también en mis tiempos mezclados, *haber visto correr libre el manantial del río español del Romancero*²⁸, 'riomío de mi huir, salido son de mis venas', de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Bécquer, el mejor Antonio Ma-

²⁶ En *La Torre*, 1 (enero-mayo 1953), 21-49.

²⁷ Publicada, muerto ya el poeta, en *La Torre*, 26 (abril-junio 1959), 11-54, según queda dicho.

²⁸ Subravado mío.

chado, sin mezcla italiana ni luego francesa.» «Qué no daría yo —diría más adelante, refiriéndose a su propia poesía—, porque todo el río, unos tres mil poemas huidores, manado en alejandrino franchute y en silva italiana, no lo hubiese escrito en corriente española... ¡Romance, 'riomío de mi huir'; canción con todas mis alas, verso libre sólo mío, y prosa, prosa mía enamoradora!»

En «El romance, río de la lengua española» empezaba Juan Ramón señalando que el romance (o sea «el poema español escrito en verso octosílabo») es «el pie métrico sobre el que camina toda la lengua española, prosa o verso». Recordaba que el romance español se escribió primero en verso de dieciséis sílabas, y que fue después cuando se partió en dos de ocho y se escribió y se imprimió así. Y anunciaba: «Yo, en la edición que preparo de mis libros completos, he decidido imprimir en forma de prosa todo el verso sin rima, consonante o asonante; y todo el romance, en verso de dieciséis sílabas con rima seguida.» Para Juan Ramón, ni Antonio Machado ni Federico García Lorca acertaron en su intención de seguir el gran libro fundamental del Romancero. El romance que continúe el Romancero debe ser de hoy, en todo, como es «la copla popular de hoy, una malagueña, una jota, una sevillana, una soledad, una saeta, etc., o como algunos romances de poetas individuales que han acertado con una espresión que pudiéramos llamar infantil por su sencillez y su economía.» En cuanto al asunto, debiera ser directo, es decir *visto por el poeta*, sin huir de la corriente, no fantasista; sin que hubiera exceso descriptivo, de fondo y de acción, porque «el Romancero es modelo de sobria descripción e imagen, y su fondo igual que su escape no son más que lo necesario para clavar la acción en su sitio, tiempo y espacio, de una vez.» «El Romancero —añadía— es casi siempre teatro en el verdadero sentido de la palabra acción». Lorca había estado más cerca del Romancero en su teatro, aunque no lo hubiese escrito todo él en romance.

Comentando el romance «Mira Nero, de Tarpeya, a Roma cómo se ardía...», afirma Juan Ramón que romances como éste señalan entre los del Romancero «una posibilidad estética tan futura, que hoy mismo, tan extraños como son, tan historicomitológicos, parecen más futuros que la poesía más moderna...». Lo distintivo del Romancero es «una sensibilidad sencilla, un sentido común jeneral extraordinario y, a veces, un realismo mágico poderoso; y todo conmovedor por comprensivo y por directo.» «Nada más tierno hoy en la poesía española que algunos versos del Romancero, ni nada tampoco más misterioso ni más encantador, a veces, 'el sello de la poesía', que envuelve para siempre el romance del Conde o el Infante Arnaldos, los de Gerineldos, 'El prisionero', etc.». «Durante siglos, hasta el dieciocho —declaraba más adelante—, el Romancero vino a

ser la poesía popular española, es decir la expresión necesaria poética de nuestro pueblo. Eso quería decir que durante esos siglos, le bastaba al pueblo para espresarse el Romancero.»

También él, al final de su vida, vuelve, con nuevo amor, a sus raíces: al romance y a la canción, a la poesía popular española. Pero este romance último —recuérdense los impresionantes «Romances de Coral Gables»— está impregnado de una honda intensidad lírica, de una alta intención espiritual y de un nuevo simbolismo, que traen al recuerdo el romancero espiritual de San Juan de la Cruz. Es entonces también cuando revive romances adolescentes y juveniles, y cuando vuelve «a lo divino» los romances de *Pastorales* que en *Leyenda* van a ser *Pastorales con Dios*. Cuando prepara esa antología final de su obra poética que es *Leyenda*, y busca el poema primero con que empezarla, Juan Ramón Jiménez acudirá a un romance, casi infantil, de *Almas de violeta*: «Recuerdo que cuando niño / me parecía mi pueblo...». Pero, en la versión revivida, el niño del recuerdo —larva del hombre último, que ha atesorado a Dios en el pozo sagrado de sí mismo— es ahora un «niñodiós»: «Cuando yo era el niñodiós, era Moguer, este pueblo / una blanca maravilla; la luz con el tiempo dentro...».

Más de cincuenta años separan a ambos romances, el de la primera versión y el de la segunda. Por ese largo cauce, hecho de tiempo y ahondamiento, corre el río profundo del romancero de Juan Ramón Jiménez.

ANTONIO SÁNCHEZ ROMERALO

University of California, Davis